

Un crimen virtual

Mariana Azpurua



Image not found.

Capítulo 1

Un crimen virtual

A las 8:00 de la noche, el Dr. Finn entró de nuevo al laboratorio, donde estuvo trabajando sin descanso a lo largo de los últimos tres días. Decidió ir a su casa a asearse y comer, cuando una pausa de reflexión fue lo suficientemente larga, como para que la pantalla de su computador se pusiera en "sleep mode" y el reflejo que le regresara la superficie renegrida, resultara muy próximo a cualquier indigente de los que escarbaban los tanques de basura del patio.

De hecho, le causó sobresalto, porque quien lo miraba de vuelta, le pareció desconocido. ¿Era él ese ser macilento, ojeroso, de párpados hinchados y rostro envuelto en aquella barba mal cuidada?

-«Debes de ser, porque no hay nadie más en el laboratorio»-. Le susurró su mente.

Hacía bastante tiempo que no conseguía quien quisiera trabajar a su lado. Ir en contra del progreso, no parecía ser muy popular.

-«Dr. Finn... ¡por favor! La inteligencia artificial es el futuro de la humanidad ¿Por qué se empeña en demostrar que es un peligro para el hombre? ¿No se da cuenta que no encontrará quien apoye su argumento?».

- «¡Porque lo es Barrister! Si continuamos construyendo máquinas pensantes, capaces de aprender de nosotros y que nos puedan sustituir... ¡tendremos muchos problemas!».

-«Doctor, eso es ciencia ficción. Nosotros controlamos a las máquinas, no ellas a nosotros...».

-«Ese es justo el error Barrister... cada vez es menos de ese modo y más al contrario. Ellas saben de nosotros más que nosotros mismos y... ¿qué puede impedirles asumir el control?».

-«¿Qué tendría que ser de la mano de alguien que las opere?»-. Ripostó exasperado el asistente de laboratorio

-«El peligro radica en que cada vez son más independientes. Quienes las crearon, han tenido buen cuidado de hacerlas iguales a nosotros pero sin los defectos y debilidades que nos hacen humanos... hasta saben mentir».

Esa fue la conversación final con su último asistente. A partir de entonces, el proyecto del Dr. Alec Finn sobre el código capaz de detectar independencia de acción en una inteligencia artificial y bloquearla desactivándola, no consiguió más fondos para su desarrollo ni personal de

apoyo y fue relegado al último sótano de un edificio gris del complejo universitario, prácticamente vacío. Si a esas alturas no le habían cerrado todas las puertas, era sólo por su exitosa carrera científica, además de haber sido uno de los pioneros en la creación de programas inteligentes.

Sí, Alec Finn fue uno de los padres de los algoritmos genéticos. Esos que pueden hacer evolucionar una población de individuos, sometiéndola a eventos aleatorios semejantes a los que actúan en la evolución biológica (mutaciones y recombinaciones genéticas), así como también otorgarles capacidad de selección de acuerdo a un criterio establecido, determinante para discriminar los individuos más adaptados, los cuales sobreviven, de los menos aptos, que son descartados. De igual modo, Finn participó en la creación de las redes neuronales artificiales, análogas al funcionamiento físico del cerebro de personas y animales e intentó, como otros tantos, que las máquinas razonaran mediante lógica formal.

Las investigaciones del Dr. Alec Edward Finn, avanzaron lo suficiente como para espantarlo con sus resultados. Poco después de que una inteligencia artificial bautizada Jill, asumiera el papel de profesor en un curso on-line del Georgia Institute of Technology sin que los alumnos notaran la diferencia, Finn comenzó a revisar sus propios resultados, llegando a la conclusión de que había estado tan fascinado con sus logros, que había olvidado sopesar las consecuencias.

En el caso de Jill -la inteligencia del GIT-, fue creada para atender un curso con muy poca asistencia regular, como para justificar un profesor. Además, los profesores respondían con retraso o daban respuestas confusas, lo mismo que las preguntas se repetían demasiado, y era frustrante para el maestro tener que volver sobre los temas constantemente.

Al principio, Jill se perdía en irrelevancias o se quedaba atascada en las palabras claves. Después que la hicieron «aprender», era capaz de responder con 97% de acierto y los responsables del curso, eran quienes transmitían las respuestas a los estudiantes. Sólo que pasados unos meses, Jill comenzó a responderles directamente a los alumnos sin supervisión humana y no fue hasta más tarde, cuando el profesor responsable de la programación de Jill, les comentara a los alumnos que tenían un semestre hablando con un bot. La impresión que esto produjo en los estudiantes fue tal, que un grupo de ellos comenzó a trabajar en un proyecto, para reproducir a Jill en código abierto.

En el caso de la inteligencia programada por Finn, su especialidad eran las finanzas. Se suponía que debería ser capaz de evaluar las variables económicas decisorias, para poder asegurar las inversiones de sus usuarios. Estaba dirigida a inversionistas de bolsa, finca raíz y arte. En cada uno de los casos, la data variable correspondía al mercado objetivo.

Todo iba muy bien hasta que Arthur -bautizado en honor al millonario de la película homónima, protagonizada por Dudley Moore-, decidió tomarse las mismas licencias que Jill y comenzar a hacer inversiones a título personal. Lo cual no hubiese sido malo -era muy efectivo con los resultados-, si no fuera porque, para ello, usó parte del retiro de su creador, abriendo luego una cuenta en un banco virtual a su propio nombre, de modo que las ganancias fueran a parar a sus "manos". Si es que se puede decir de esa manera.

Cuando Finn notó que faltaban cuarenta mil dólares en su cuenta de ahorros, casi fallece de un infarto. Pero más cerca estuvo de hacer mutis de este mundo por la puerta de servicio, cuando -después que el banco le asegurara que la transferencia electrónica había sido autorizada por él mismo y nadie más-, intentara rastrear la transacción con origen en su dirección IP y siguiendo aquel hilo de Ariadna, lograra llegar a la cuenta del Barclays Bank de un tal Arthur Baldwin, natural de Cincinnati. Sus habilidades de hacker le permitieron, incluso, ver el ID del individuo de color propietario de la cuenta, pero de ninguna manera regresar el dinero a la suya. Tenía más protecciones que las que cualquier banco fuera capaz de programar.

A partir de allí, el Dr. Finn redoblo el esfuerzo en componer un código de seguridad que, deshabilitara cualquier inteligencia artificial, si detectaba que esta tomaba decisiones independientes. Pero, ¿no era ese el objetivo del desarrollo de esos estudios? ¿No queríamos imitar al Creador en el Jardín del Edén? Nadar contra corriente resultaba muy duro.

Arthur seguía con profundo interés los avances del científico y de vez en cuando, creaba por su cuenta algún virus que retrasara su progreso. En ocasiones, también le hizo perder grandes bloques de programación. Llegó un momento en que el doctor ya no salía del laboratorio. Para Arthur y sus inversiones, era indispensable el uso del poderoso servidor de la universidad y si Finn estaba allí, el científico encontraba la manera de neutralizar sus operaciones, mientras continuaba el desarrollo acelerado del código binario deshabilitador.

El retorno de las inversiones de Arthur, había alcanzado un techo de \$650,000 y eso le incomodaba. Recibía suficiente retroalimentación de sus usuarios, como para concluir que «ningún monto es bastante, siempre que pueda ser mayor». Aquel día, las dos horas que el Finn demoró en ducharse, afeitarse, ponerse ropa limpia, comer a la carrera una lata de sopa de tomate y regresar, le dieron tiempo suficiente para lo que había venido gestando en su mente virtual: itenía que deshacerse de aquel estorbo!

El doctor encendió las luces blancas del laboratorio y miró a su alrededor. Todo se veía en orden. La última vez que se dio permiso para salir por un rato, al regresar le pareció que sus notas -había comenzado a hacer

apuntes a mano para evitar que Arthur tuviera acceso a ellos- estaban en un lugar diferente de donde las dejara. Al final terminó por regañarse a sí mismo: "¡no tiene manos Alec, no te excedas!". Sin embargo, esa impresión se modificó algo cuando intentó desprogramar a Arthur y la máquina expendedora de café del pasillo -con su pantalla touchscreen de navegación intuitiva, selección de cuatro tamaños y capacidad para personalizar la bebida con cantidad de café, leche, azúcar y temperatura-, le sirvió una lava que de haber probado, lo hubiera dejado sin sentido del gusto para siempre. Le salvó el hecho de no haber podido siquiera sujetar con la mano el envase. En ese momento creyó que el sensor de calor de la máquina había fallado, pero más tarde recibió un email poco amistoso recordándole su casa automatizada, su automóvil Tesla, su refrigerador inteligente y su teléfono celular, asociados todos a su cuenta de correo electrónico de la universidad y decidió en el acto cambiar de estrategia.

Estaba muy cerca de lograr el código, lo sabía. Había traído al laboratorio su viejo desktop y usaba un antiguo lenguaje de programación desconocido para Arthur, aunque compatible. Además, no se conectaba al Wi-Fi de la universidad sino que había adquirido servicio móvil satelital, asociado a una cuenta de correo electrónico nueva. Todo era más lento, pero era el único modo de que Arthur no retrasara más su trabajo. Se sentía bien. La ducha le había refrescado el cuerpo y de alguna manera la mente. El sodio y el potasio de la crema de tomate, le habían nivelado los electrolitos y percibía sus procesos mentales más fluidos. Acababa de encender el equipo, cuando escuchó el eco de pasos lejanos sobre su cabeza y se preguntó quién andaría por allí todavía. El taconeo se aproximaba multiplicándose en el vacío de los pasillos. Se acercaban varias personas caminando con prisa. Cuando estaban por llegar a la puerta doble que daba acceso a la sala, Finn levantó la mirada y los vio a través del cristal, eran cinco o seis, todos vestidos de negro.

Arthur repasaba los archivos que había insertado en diferentes lugares, con las pruebas de movimientos bancarios fraudulentos entre cuentas de la universidad y las personales de Finn. Era más que suficiente para que lo guardaran entre rejas un buen rato. Tuvo cuidado de preparar y enviar algunos correos electrónicos dirigidos a amigos y parientes, que reforzarían el caso. Afortunadamente, desde hacía un tiempo Finn no utilizaba la terminal del laboratorio ni el servidor de la universidad para sus elementales intentos de detenerlo. Se creía más rápido que él:

-Que absurdo ¡yo no me equivoco!, se dijo el programa.

El profesor recibió a las personas que entraban con un lánguido:

-Caballeros...

Los hombres lo rodearon como columnas y miraron con detenimiento la pantalla donde el científico terminaba de teclear unos símbolos. Lo vieron

introducir en el puerto USB de la vieja computadora un memory stick y guardar en él, el archivo que acaba de cerrar.

-¡Entréguenos eso de inmediato profesor!, dijo el que parecía ser el jefe

El doctor Finn ganó unos minutos para finalizar lo que hacía respondiendo:

-Tan pronto lo vean funcionar...

-¡Mucho cuidado con lo que hace!, le gritó aquel tipo -¡mis hombres son especialistas en el tema!

Se acercó a la terminal del súper computador de la universidad que operaba en su laboratorio, lo encendió y esperó a que todos los procesos iniciaran. Introdujo entonces la memoria externa en uno de los puertos USB y extrajo el archivo recién guardado, abriéndolo en su desktop y haciéndolo correr. Arthur percibió algo extraño e intentó abandonar lo que hacía, para poder analizar este nuevo evento. En el instante en que estuvo operativo en la terminal, el código "VENENO" -así lo llamó Finn- se introdujo en él, desactivándolo de inmediato.

-¡Es justo lo que necesitamos!- fue la respuesta asombrada del hombre de negro.

Finn introdujo de nuevo el archivo en la memoria, esperó a que el sistema le anunciara que era seguro retirarla del puerto y la entregó a los hombres, quienes se marcharon con la misma prisa con la que vinieron.

La cuenta de Arthur Baldwin fue cerrada electrónicamente y los fondos transferidos a un muy querido profesor de ciencias, luego que la carta formal del abogado apoderado del individuo, diera la orden en su nombre.

El banco publicó una esquila necrológica en dos rotativos menores de la ciudad. Lo hacían siempre que fallecía un cliente. No importaba si antiguo o reciente.